

VIERNES SANTO. CELEBRACIÓN DE LA PASIÓN DEL SEÑOR
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
29 de marzo de 2013
Jn 18, 1-19, 42

He aquí al hombre. Con estas palabras Poncio Pilato presenta a Jesús ante la gente. Lo hace como si presentara un arquetipo. Pero, ¿es este *el hombre* que salió de las manos del Creador, hecho a imagen y semejanza de Dios (cf. Gén 1, 27)? El hombre salido de las manos de Dios estaba *coronado de gloria y de dignidad* (cf. Sal 8, 6). En cambio, el que presenta Pilato tiene un aspecto lamentable, débil después de haber sido azotado, y con la sangre que se derrama de la *frente* debido a las espinas de la corona que lleva; este *hombre* tiene una apariencia ridícula con el manto de púrpura que le han puesto para burlarse.

Hermanos y hermanas: este Jesús a quien Pilato presenta es el *hombre*, el prototipo del ser humano, pero no tal y como había salido de las manos del Creador, tal como Dios lo había pensado con amor, sino el *hombre* con toda su debilidad y su mortalidad; el *hombre* despreciado, víctima de la violencia de los otros, marginado y oprimido de muchas maneras; el *hombre* que espera la ejecución de la pena de muerte; el *hombre* cargado de dolores o gravemente enfermo; el *hombre* pobre que no cuenta para nada. Este Jesús que presenta Pilato es, también, el *hombre* con el vestido ridículo del egoísmo, del orgullo y de la falta de amor; el *hombre* con el rostro desfigurado por el pecado. Digo *hombre*, pero ya me entendéis que me refiero al ser humano: hombre y mujer. La caricatura de *hombre* que Pilato presenta al pueblo es una muestra de la seriedad de la encarnación del Hijo de Dios, que llega hasta la máxima humillación por amor, por solidaridad con cada ser humano, sea quien sea. Jesús se convierte así en la síntesis de todo el mal que hay en el corazón humano y de todo el dolor infligido a los seres humanos. Y los clavará en la cruz. Por ello, a la luz de la fe, *el hombre* que Poncio Pilato muestra con esa apariencia desfigurada tiene la fuerza interior para llevar a cabo su misión, para restablecer la imagen verdadera del *hombre*. Tras ser víctima del mal y del pecado, por medio de esta humillación y de la cruz, el ser humano puede reencontrar la *gloria* y la *dignidad* que Dios le dio al inicio, sólo hay que dejar entrar a Jesús en la propia vida. Por eso el evangelio según san Juan ve la pasión y la cruz como la inauguración de la nueva creación y el inicio del reino mesiánico.

El relato de la Pasión tiene otra escena relativa al vestido de Jesús que nos puede ayudar a completar la del atuendo burlesco. Para crucificarlo, le quitan los vestidos. Desnudo en la cruz es el nuevo Adán, el prototipo del ser humano tal como Dios lo ha querido al crearlo. Su desnudez, sin embargo, desfigurada por el sufrimiento y por la sangre, nos muestra como se ha revestido de nuestra desnudez pecadora para revestirnos con el manto de su gracia y hacernos hombres y mujeres nuevos.

Adán y Eva, según el libro del Génesis, pecaron por querer prescindir de la palabra divina y ser ellos el criterio máximo de la existencia humana; se querían realizar independientemente de Dios y descubrieron su fragilidad, experimentaron su desnudez. Entonces, dice el libro, sintieron vergüenza, y *entrelazaron hojas de higuera y se las ciñeron* (cf. Gn 3, 7). Y las llevaron hasta que Dios, continúa diciendo el texto, en su solicitud por el ser humano, a pesar del pecado en que había caído, les proporcionó unas *túnicas de piel* (cf. Gn 3, 21). Dios no había abandonado a la humanidad a su suerte, sino que le indicaba que en el futuro podría recobrar la dignidad perdida. Y ese momento llega cuando Jesús, con su cruz, renueva a las personas por dentro.

El vestido que le quitan a Jesús no estaba hecho de parches cosidos, como el de Adán y Eva. Era una *túnica sin costura, tejida toda de una pieza de arriba abajo*. Como si fuera ya un signo de la humanidad nueva que él recrea con su donación en la cruz. El evangelista tiene interés en subrayar el hecho de *la túnica toda* de una sola *pieza*. *La túnica* no es un vestido elegante, de fiesta, es lo que cubre directamente el cuerpo para protegerlo. Esta *túnica* de Jesús que *los soldados* no rasgan, es como un mensaje legado a los cristianos para que custodiemos íntegramente la Palabra y la obra de Jesús como camino de sentido para la existencia humana y como oferta de salvación de todo lo que nos oprime. Lo tenemos que hacer, tal como enseñan los Padres de la Iglesia sobre *la túnica de una pieza*, desde la unidad entre los bautizados, como una comunidad unida por el amor de Cristo. No está a nuestro alcance llegar a ello; porque una unidad así sólo puede ser obra de Jesucristo, que ha dado la vida para que seamos uno. Pero para que nos pueda otorgar la gracia de construir una comunidad eclesial sin divisiones, nosotros tenemos que aportar nuestro trabajo, empezando por unificar nuestra personalidad en torno a él. Esta unificación interior es básica para poder vivir los unos para los otros, tal como lo ha hecho Jesucristo hasta entregar la vida por amor.

Esta tarde del Viernes Santo, ante la cruz y considerando todo lo que significa la pasión del Señor para nuestro bien y el de toda la humanidad, nos damos cuenta de la necesidad que tenemos de una mayor conversión y de una humildad más grande para amarlo de verdad y ser discípulos auténticos suyos. ¡Que él, el Crucificado, nos haga este don!